

## LA CONFERENCIA DE ACCRA

Se ha abusado tanto en nuestros tiempos de las conferencias internacionales, rótulo aplicado a veces a simples reuniones plurilaterales, que una más no parece que hubiera de tener una importancia excepcional en el cuadro de los complejos acontecimientos mundiales que vivimos. Pero la reunión de representantes de los Estados africanos, celebrada en la capital de Ghana, del 15 al 22 de abril de 1958, nos parece que tiene una significación relativamente nueva—todo lo original posible a estas alturas diplomáticas—porque representa la primera tentativa para hacer intervenir en las relaciones internacionales, en nombre propio y con un objetivo propio, a un factor internacional que hasta ahora había participado en la vida diplomática en condiciones diferentes. Ese factor es Africa, concebida como constelación «regional»—en el sentido del Cap. VIII, de la Carta de San Francisco—de Estados soberanos, ligados por pensamientos, criterios, intereses y objetivos comunes; y no subordinados a los de otras constelaciones estatales, aunque coincidan tangencialmente con algunos de los postulados sostenidos por aquéllas. Trataremos de puntualizar nuestra afirmación, no sea que el lector nos acuse de pretender descubrir al «continente negro» doblada ya la mitad del siglo xx, cuando en diplomacia no queda ninguna «terra incógnita», puesto que hasta la Antártica o los desiertos vacíos del Sur de Arabia han sido objetivo de una multitud de reivindicaciones, negociaciones y acuerdos, para no mencionar al Asia Central, substraída a toda polémica entre las cancillerías, por las celosas soberanías que se la han adjudicado.

Lo que encontramos de más original en la Conferencia de Accra, es la tentativa para afirmar la existencia de Africa en su conjunto como sujeto activo de relaciones internacionales. No vamos a anticipar si tan pretenciosa meta se ha logrado o no. También quedamos un tanto apartados de la polémica sobre si hay bastantes elementos comunes, en lo geofi-

sico y en lo humano, para encontrar una unidad natural africana. Partimos de que, hasta ahora, Africa era una expresión de uso más bien geográfico, aplicado sobre una heterogénea e inorgánica agrupación de realidades políticas, en muy dispar estadio diplomático. Que incluso hasta como sujeto *pasivo* de relaciones internacionales, el conjunto africano no ha pasado de ser un balbuceo. Y que, precisamente, porque no existía Africa, sino *varias Africas*, las políticas aplicadas a cada una y en cada una, ensamblaban muy limitadamente con las correspondientes tendencias registrables en las demás. Políticas que tenían que desarrollarse impulsadas por motores extracontinentales, cuya operatividad ha venido procediendo de cuatro núcleos muy distintos. Que son: el europeo—incluidas las islas británicas, para simplificar—, el asiático (o si se prefiere «oriental»), el norteamericano, y el mundial; calificativo este empleado para bautizar de algún modo a la acción de la antigua Liga de Naciones y de la actual Organización de las Naciones Unidas, únicos ensayos que recordamos de articulación positiva de la Comunidad Universal. Para no forzar la realidad, no hemos podido agrupar a los impulsos europeos y norteamericanos bajo un epígrafe equívoco como el de «occidental» y, en cambio, el impulso soviético nos parece incluíble entre los de origen asiático u oriental.

Por otra parte, y paralelamente, la Conferencia de Accra representa una nueva fase en la evolución del significado de Africa, dentro de las relaciones internacionales, ya que creemos que nadie desconocerá esa evolución, quizá revestida de contrastes más acentuados que los que caracterizan a la correspondiente de Europa, por ejemplo. Aunque manejando conceptos de muy convencional expresión, vamos a presentar aquellas fases tal como las vemos, con acierto o con error, pero sinceramente.

\* \* \*

La más remota Africa que conocemos era una parte del mundo clásico occidental, es decir, del formado por el sur de Europa, el occidente de Asia y el norte de Africa, relacionados en función del Mediterráneo como nexo común. Aparte de lo significativo de ser foráneo el nombre de Africa (de cuyo primer uso, muy localizado, subsiste hoy el que los tunecinos aplican a su país), a ninguna mente clásica se le hubiera ocurrido concebir un Africa como la actual, cuya mayor parte era desconocida. En el conjunto clásico occidental, si quitamos los períodos de brillante, pero no potente civilización nilótica, la parte africana fué a rastras de los sis-

temas y poderes de núcleo asiático o europeo. Su papel fué más de enlace y transmisión que de creación. Esta dependencia se mantuvo cuando después de la aparición del islamismo se escindió el mundo mediterráneo en dos riberas hostiles y la africana vivió, si no siempre en lo político, sí en lo ideológico, del impulso aportado por la arabidad asiática. El Africa, conocida, fué ya un mundo aparte para la cristiandad y siguió siendo un pedazo más para el Islam. Porque se debe a un impulso europeo—y más concretamente portugués—el conocimiento de aquella mayor parte del conjunto situada allende el Sahara; con lo que empezó, coincidiendo con lo que nuestra usual cronología llama Edad Moderna, otra fase en la evolución de Africa: sujeto pasivo de iniciativas foráneas, muy variadas. Así, las diplomáticas que inician las bulas papales de investidura (*Romanus Pontifex*, de 8 de enero de 1454, en cabeza) y los tratados de reparto (el más famoso, el de Tordesillas, de 7 de junio de 1494, la dejaba en la esfera portuguesa). Las de penetración, a la vez misional, política, militar y comercial, aunque por mucho tiempo con un alcance periférico (presidios, factorías, trata de esclavos y adquisición de oro, marfil y especias). Fase complicada con la aparición de nuevos poderes europeos, y con la instalación de otro oriental, la Puerta Otomana, hasta transformarse, ya en los albores del siglo XIX (y empujada hacia Africa y Asia Europa, al quedar privada de América), en una fase de penetración elástica y de fondo, con choques directos entre los penetradores y con las primeras actuaciones externas de formalización multilateral, pero diplomáticamente inorgánicas. El acta final de la Conferencia de Viena (8 de febrero de 1815) las inicia, y quizá concluyan con la revisión operada en Saint German-en-Laye (10 de septiembre de 1919) de las *Cartas Magnas* de la penetración en Africa subsahariana: las Actas de Berlín (26 de febrero 1885) y Bruselas (2 de junio 1890). Insensiblemente la penetración—civilizadora y explotadora, según mezcla difícilmente desintegrable—significó el reparto entre los penetradores que alcanzó su apogeo en el Africa negra entre 1883 y 1900, y en el Africa mediterránea algo más tarde, entre 1900 y 1912; y con ese reparto casi total, Africa pasó a ser—aparte de un complemento imperial para los sistemas de ese carácter mantenidos por algunos Estados—un campo de experimentación política y económica, y a la postre social y cultural; con tan hondas transformaciones internas, no siempre percibidas con rapidez, que en 1914 o en 1919 se inicia otra fase en su significación internacional. Hay ya un motor mundial en Ginebra, aunque débil, consagrado al tratamiento de algu-

nos problemas africanos, y son visibles las manifestaciones de un afloramiento de los impulsos autóctonos, todavía reflejos y defensivos; fase que acentúa desde 1945 esos rasgos, al incrementarse en cantidad e intensidad la interferencia en los asuntos africanos, del nuevo motor mundial, instalado allende el Atlántico; triunfan en unos casos y se generalizan con carácter ofensivo los impulsos autóctonos, a remolque de los cuales adoptan fórmulas defensivas, orientadas hacia la paridad vinculativa, las políticas de las metrópolis. En 1955, con la Conferencia de Bandung, parece iniciarse una nueva fase: la de articulación oriental de la mayoría de Africa que, engranada con los pueblos asiáticos, quiere irrumpir como sujeto activo en las relaciones internacionales; pero antes de los tres años, la Conferencia de Accra nos hace pensar, si no habrá llegado la fase autoafricana de las relaciones internacionales que a Africa se refieren, con la consecuencia de integrar en un conjunto a lo que veníamos considerando como Africas diferentes y divergentes, siguiendo en ello a escasos precedentes, los últimos a cargo de la O. N. U.

\* \* \*

¿Cuáles son las Africas que puede apreciar un observador externo? La observación puede hacerse desde el campo geográfico (físico y humano) y en el político (interno e internacional). Pero la perspectiva contemplada en uno y otro caso, parece ser la misma, o, al menos, las visiones se parecen mucho.

En el campo natural hay dos Africas netamente contrapuestas, y, si acaso, una tercera apreciable por la vía negativa de su dudosa inclusión en alguna de las primeras. Díganoslo en términos vulgares, por su claridad y pese a su inexactitud: el Africa *blanca*, que incluye a la europea o de origen europeo, y a la mediterránea de cultura oriental y el Africa negra, casi exclusivamente sudanesa y bantú (magalasy en la gran isla del Este). El Africa blanca está en los dos extremos africanos, el amplio del norte mediterráneo, prolongado hacia el éste por el cordón nilótico, y el más reducido del Sur. Los dos grupos distintos que la habitan no están geográficamente separados, pero su convivencia carece del lazo natural del mestizaje, impedido por la fe en el Norte y por la conciencia racista en el Sur. Es un drama que contribuye a que los impulsos internacionales del elemento autóctono sean en gran parte, antieuropeos y extraoccidentales, pese a la reconocida necesidad del aporte cultural y económico del

que llamamos mundo occidental y, en todo caso, a la múltiple y reconocida insuficiencia del conjunto africano.

El Africa «blanca» tiene una economía del tipo mediterráneo en el Norte y otra más compleja en el Sur, donde la industrialización parece más extendida. El Africa negra es tropical o ecuatorial, y la industrialización, además de muy reciente, se liga a «oasis» más o menos basados en la riqueza extractiva. También tiene «oasis» humanos, sobre todo en zonas de altura o en islas apartadas, que en algunos casos—Keña, Rodesia—pugnan por formar los núcleos blancos en países de negros. Fuera de las áreas portuguesas, casi no hay mestizaje.

El Africa blanca tiene sociedades organizadas al estilo oriental (islámico) o europeo, sobre un fondo primitivo de insuficiente consistencia. El Africa negra intenta transformar directamente las sociedades primitivas, que de todos modos, por su extrema inconsistencia y ante lo imposible del aislamiento, se hubieran desmoronado. En esta clasificación no sabemos cómo incluir al mundo confuso que forman Etiopía y la Somalia, pero sí agrupamos a Madagascar en el Africa Negra, pese a sus remotos vínculos austronésicos.

Desde el punto de vista político, hay tres Africas relativamente equidistantes: la dependiente, la incorporada y la emancipada. Nos atrevemos a estampar algunas cifras enmarcadoras de esos grupos. Al Africa dependiente asignamos 4.573.426 km<sup>2</sup> y unos 22.100.000 de habitantes. Al Africa incorporada, 8.912.572 km<sup>2</sup>., con 82.500.000 de habitantes. Al Africa emancipada—porque sus componentes han estado, visiblemente o no, bajo algún patronaje exterior—, 8.540.138 km<sup>2</sup>., con 81.445.000 habitantes. La clasificación se basa en el juego de las disposiciones de la Carta de San Francisco, en su relación con las normas constitucionales de los poderes estatales afectados. «Dependiente» es el Africa que cae—reconocidamente—bajo lo dispuesto en los Capítulos XI, XII y XIII de la Carta (Colonias, territorios, protectorados, fideicomisos y hasta un anacrónico mandato prácticamente incorporado). Incorporada es el Africa cuya integración en un sistema político de núcleo foráneo (ex o semi-metropolitano) se basa, no sin controversias y teóricamente, según los interesados, en una paridad constitucional (provincias, departamentos, territorios, plazas). El Africa independiente reviste las formas conocidas de monarquías (cinco) y repúblicas (cuatro); de países unitarios (seis) y federales (dos y otro cuasi federal, Ghana); uno es aún un Estado absoluto (Marruecos); otro, de Jefatura colegiada (Sudán). No hemos incluido,

a pesar de ser más soberano en sus asuntos propios que otros países emancipados, a la Federación de las Rhodesias y Nyassa, todavía conducida exteriormente por el Reino Unido. En realidad ninguno de los Estados independientes africanos deja de estar sujeto a vinculaciones con sistemas exteriores; pues prescindiendo de la O. N. U., ocho pertenecen al Bloque de Bandung. Tres son miembros de la Liga Árabe. Tres de la Comisión de Cooperación Técnica del África subsahariana. Dos del *Commonwealth* británico. Otros dos de la «zona del franco» (substituto púdico de la Unión Francesa, ligado a la C. E. E.). Otros dos del área del dólar. Uno del área de la esterlina. Otro de ellos no ha mucho se ha integrado en una formación bicontinental, la República Árabe Unida, cuya «provincia» egipcia es casi totalmente africana, a diferencia de la siria y del adherido Yemen. Añadamos que las fronteras entre las tres Áfricas políticas están sometidas a una acelerada evolución—Nigeria puede ser independiente para 1960, año en que lo será la actual Somalia italiana—a la vez que a una notoria y viva polémica; pues en la O. N. U. se niega el carácter de «incorporadas» a ciertas antiguas dependencias, cuyo estado, en algún caso, como el de Argelia, es abiertamente insurreccional; y también se ha negado el carácter de «independiente» a alguna dependencia autónoma como el Togo francés.

Según esas cifras, África no es un «continente colonial» en lo político, aunque sí lo sea en lo económico y social: dualidad con la que se han tropezado los reunidos en Accra y con la que tropezarán los esfuerzos encaminados a desarrollar los propósitos de la Conferencia. No basta con obtener el reconocimiento de la independencia y con elaborar una larga y prometedora Constitución. El medio cambia más despacio; y de ello se suele culpar, con o sin razón, a la pasada gestión metropolitana.

En definitiva, los Estados que se reunieron en Accra fueron: Ghana, Liberia, Marruecos, Túnez, Libia, la República Árabe Unida (base, Egipto), Sudán y Etiopía-Eritrea. No quiso asistir la Unión Sudafricana, que también había estado ausente en 1955 (como la Federación de las Rhodesias y Nyassa) de la Conferencia de Bandung y en 1957 de la del Cairo. Si se examina el momento político imperante en cada uno de los participantes y sus mutuas relaciones, se comprueba lo delicado que resultaba la discusión de algunos temas y lo difícil en llegar a un acuerdo sobre ciertos objetivos.

Egipto, y en menor escala Marruecos, son Estados en plena fiebre expansiva. Los demás son en sí conservadores, aunque coincidan en el de-

se de ver aumentada la lista de las emancipaciones africanas; deseo que encubre quizá, en algún caso, al de ver expulsado—políticamente al menos—al europeo de Africa. El expansionismo egipcio afecta y molesta a sus dos vecinos africanos, y aun a los vecinos de éstos (Etiopía, Túnez), para no salirnos del continente africano. El expansionismo marroquí, tras su faceta antieuropea, afecta a otro vecino africano, al presente incorporado y no emancipado: Argelia.

En otro aspecto, la pugna de criterios en la Conferencia, se estableció entre los adversarios y los partidarios de las nuevas formas políticas, bajo cuya apariencia sólo constitucional y doméstica, se encubre una transformación social, no ajena a la orientación internacional a seguir en la pugna entre los dos grandes bloques. En el frente «modernista» estaban Egipto, Túnez y menos Ghana. En el conservador, con matices muy acusados, Etiopía, Sudán, Libia, Marruecos y Liberia. «Neutralista» soviético era Egipto; neutralistas expectantes, Túnez y Marruecos; neutralistas occidentalistas, Sudán, y quizá Ghana; occidentalistas, Etiopía y Liberia; vacilante, Libia. La anterior clasificación fué y es muy movediza; puede cambiar rápidamente al compás de circunstancias extraafricanas en pleno desarrollo. Unas coincidencia curiosa: la tendencia a la consagración del sistema monopartidista, incluso mediante la omnipotencia del prupo gobernante.

Egipto, Libia, Túnez y Marruecos, y oficialmente Sudán, son países árabes—o arabizados—e islámicos. Etiopía, es monofisita, con musulmanes y paganos; Liberia, protestante, con masas fetichistas; Ghana, más neutro; estas dos últimas, con un fuerte impacto cultural anglosajón. En Egipto, el impacto anglofrancés, está en trance de eliminación. No así el anglosajón en Sudán y Etiopía (suplantando al italiano); ni el francés en Túnez y Marruecos (con tendencia a eliminar al español del norte). En otro interesante aspecto ninguno de esos países, es rico: todos son «subdesarrollados», como en general los demás de Africa, salvo la Unión Sudafricana. Finanzas estatales sólidas parecen ser las de Etiopía, y en menor escala las del Sudán; menos seguras, aunque al presente estabilizadas, las de Ghana y Liberia. Pues las inyecciones exteriores a las de Marruecos, Túnez y Libia, impiden excesivos optimismos. Superávit comercial, dudosamente podría apreciarse, aunque en Ghana resulta oficialmente de los datos estadísticos.

No olvidemos a un factor que en estos tiempos cuenta bastante: el del «conductor» político. Se dice que en una conferencia, un *as* es poco,

y media docena, demasiado. En Bandung, Chu-En-Lai desempeñó un discreto papel, mientras Nehru perdía «situación» y Soekarno se borraba. A Accra, no asistieron personalmente los ases, salvo Nkrumah; su presencia invisible fué, sin embargo, bastante reconocible, a través de iniciativas, discusiones y negativas. Porque de los países reunidos, Egipto, Túnez y Ghana, tienen sus conductores oficiales, ostensibles y omnipotentes: Nasser, Burguiba y Nkrumah: en cada uno de esos casos, aparece el peligro diplomático que engendran los personalismos pacíficamente insubstituíbles. Discretamente, al Negus se debe la resurrección de Etiopía, en 1944; su agrandamiento con salida al mar, su evolución y la hábil contraposición de las influencias exteriores. También Idris I, mantiene la convencional unidad de Libia, aunque sin gran garantía en cuanto al futuro. Yalil, no es el Nasser sudanés, ni Tubman el equivalente liberiano de Nkrumah. En cuanto a Marruecos, son demasiados—y no demasiado calificados—los aspirantes a conductores, sean de origen dinástico, político o sindical. Pero una fuerte personalidad, acostumbrada a dirigir a su país, no por ello ha de prevalecer en una Conferencia; salvo que su orientación sea capaz de arrastrar a las otras personalidades menos fuertes y, por lo tanto, menos recelosas, ya por conocimiento directo, ya por despertar ecos populares que no puedan esquivar los otros delegados. Y algo de esto sucedió en la Conferencia, donde Nkrumah moderó las iniciativas posiblemente atribuibles a Nasser, representado por Fausi, pues sólo asistió un Jefe de Estado—Tubman, y no a todas las sesiones—, personificando a los miembros sus ministros de Relaciones. Claro que también asistieron delegados de países dependientes: Argelia—«personificada» por Mohamed Yazid y Mohamed Yahya, del F. N. L.—Camerún (francés) y Nigeria.

\* \* \*

La Conferencia comprendía un vasto temario: situación de la política internacional, con especial referencia a Africa; territorios dependientes africanos; Argelia; discriminación racial y preservación de la independencia africana; cooperación económica, con intercambio técnico, científico y educativo, especialmente en cuanto a la planificación industrial, y desarrollo agrario; intercambios y mejor conocimiento culturales; reafirmación de los principios pacifistas de la O. N. U., de la Declaración de Dehechos de 1948 y de Bandung; «actividades subversivas extranjeras en Africa»; zona marítima africana; y creación de una Oficina Permanente Africana.

La enumeración que precede, podía por anticipado dar una idea del sentido de la Conferencia. El desarrollo de las sesiones completó esa idea, con una novedad, no imprevisible: el tema argelino predominó entre los políticos; y éstos sobre los económicos, en los que no basta con formular declaraciones ideológicas, sino que deben desembocar en planes nutridos con cifras y compromisos concretos. La Conferencia se pronunció no por la ayuda o intervención en favor de la independencia de Argelia, ni menos aún por una acción violenta particular en su favor por parte de los reunidos. Acordó simplemente dirigirse a Francia, a sus aliados y a la O. N. U., para una inmediata negociación con los argelinos —representados para los asistentes por el F. N. L.—sobre la base de reconocer su derecho a solicitar y obtener la independencia; y para que no se ayudara a Francia en su represión, y en cambio sí, a la población víctima de la guerra. Fué un matiz moderado, digno de meditación, y que quedó atrás de ciertas iniciativas y de ciertas declaraciones. Marruecos, por ejemplo, por boca de Balafrej y de su sucesor Duiiri, se declaró por primera vez abierta y oficialmente en favor de la ayuda directa a los insurgentes. Quizá no fuera una casualidad, la coincidencia entre esta postura, la crisis de Rabat (en la que el *Istiqlal* decidió conquistar el poder) y el convenio comercial soviético-marroquí.

También la Conferencia se pronunció en general en favor del derecho de autodeterminación de los pueblos africanos. Nótese que Nkrumah se refirió sólo a la independencia de los fideicomitidos, como meta propugnable para un futuro próximo, mientras que otros delegados fueron partidarios y consiguieron generalizar la declaración acompañándola de otra solidaridad africana. Condenó, como era inevitable el colonialismo, la discriminación racial y la ingerencia extranjera en los Estados emancipados; sobre este punto, los discursos fueron más expresivos que las conclusiones, pero con tono vario. Las condenaciones de Egipto, por ejemplo, se dirigieron más abiertamente a los países occidentales que las suaves declaraciones de Etiopía y Liberia. Es de señalar, que entre bastidores se planteó un tema extraafricano, el del Medio Oriente, y al parecer, Nkrumah ofreció su mediación entre Nasser y Bengurión. Por otra parte, el considerar como «ingerencias» rechazables algunas de las actividades que desarrollaron los países extraafricanos en el continente negro, constituye una muestra del estado a que ha llevado ciertas cosas la desunión del Occidente, la audacia del Oriente, y la fácil excitabilidad de los *leaders* de carrera, basada en la xenofobia.

Los Estados africanos mantendrán, según lo acordado por la Conferencia, contactos estrechos entre ellos, y entrarán en consulta cada vez que lo demande la situación internacional o uno de ellos esté amenazado. Este contacto se transformará en intercambio de informes, técnicos, estudiantes y profesionales; ya mediante misiones oficiales, ya facilitando la afluencia particular; y el objetivo de tales intercambios se extenderá al campo cultural, para mejor conocer y exaltar los valores de cada cual —la Conferencia tuvo que usar el francés y el inglés, síntoma de los usos potenciales de los idiomas africanos— y de ayudar al desarrollo cultural y educativo de los que precisen del concurso ajeno, en sus planes educativos, económicos y sociales. Es el terreno económico, tras varias declaraciones sobre el uso o rescate (entiéndase nacionalización en algunos casos) de las riquezas naturales, la Conferencia se pronunció por la planificación de actividades y posibilidades, para diversificar las producciones, evadir monopolios exteriores, crear nuevas fuentes de transformación de riqueza y elevación de los niveles, cuidando de no dañar las economías más débiles, adiestrar a los profesionales precisos e incrementar los intercambios entre los países africanos y los de éstos con terceros. Nada de crear, ni menos de dotar, a un Banco o a un Fondo Africano, como algunos deseaban; al contrario, tan razonable, previsible y difícilmente realizable, programa, se ligó al concurso de las instituciones internacionales. En fin, la Conferencia se pronunció por los principios generales de paz y cooperación declarados en la Carta de San Francisco y en la Declaración de Bandung, sin adoptar ni condenar de modo excluyente el neutralismo, aunque sí deseando preservar a los Estados africanos de los problemas ajenos a su interés, salvo para contribuir al afianzamiento de la amistad entre los pueblos; y se pronunció por el desarme y la suspensión de las pruebas nucleares.

De la Conferencia no podía salir, ni salió, una «Organización de Estados Africanos»; pero no fué intrascendente el acuerdo de crear la Oficina Permanente encargada de coordinar informes y relaciones y de vigilar la ejecución de las resoluciones, así como de convocar cada dos años una nueva Conferencia (la de 1960, se celebrará en Abdis Abeba, concesión a los escrúpulos de la delegación etíope, e incitación a su Gobierno para que no se desinterese de lo que ha comenzado de modo poco satisfactorio para él). La creación de esa Oficina, tiene su anverso y su reverso. Para Europa puede no ser grata, por el inevitable predominio de los elementos extremistas en el manejo de sus resortes. Pero para la Oficina

de El Cairo, representa o una duplicación de su cometido o una merma de sus tareas; y ambos supuestos son poco gratos a los dirigentes del bloque hasta ahora afro-asiático, que pudiera muy bien disgregarse. Pues en Africa Oriental la pugna de los intereses de ciertos Estados asiáticos con los propios de los autóctonos, ahora oscurecida por el estadio colonial de los países respectivos, aflorará vivamente en cuanto los bantúes tuvieran que enfrentarse a la vez que con las empresas blancas con los comerciantes y las comunidades indopakistanís. A la larga, o el bloque afro-asiático, dirigido desde Asia, reduce a la inmovilidad a la nueva Oficina, o el desarrollo de las Conferencias africanas y el nacimiento de organismos y servicios africanos, escinde dicho bloque, en el que podría quedar Egipto y algún otro Estado islámico de Africa.

Entretanto, los Estados africanos van a crear en sus ministerios de Relaciones. departamentos especiales interafricanos, y van a celebrar reuniones de contacto en la O. N. U. y en sus agencias especializadas. Es un comienzo de colaboración que puede atribuir al bloque neutralista, ahora abiertamente inclinado hacia el Este, un sentido de oscilación pendular, utilizable por las cancillerías avisadas.

Resumiendo y simplificando, diríamos que de Accra, no salió ningún milagro, pero que tampoco se produjo un fracaso. A la O. N. U. le ha gustado la Conferencia; a la U. R. S. S., menos. A las metrópolis, sólo algunos de sus aspectos. Los países con intereses en Africa han de estar atentos al curso futuro de las relaciones interafricanas y han de maniobrar con inteligencia y rapidez, para que sus políticas respectivas recojan las consecuencias de las nuevas corrientes y prevean sus derroteros y salpicaduras, con vistas a neutralizar en lo posible las desfavorables, y a potenciar las favorables. Marchar a remolque de los hechos en Africa, resulta, en 1958, más que suicida, estúpido. Quien quiera entenderlo, está a tiempo, porque los acuerdos de Accra están recientes, y forzosamente inaplicados. Nosotros deseamos que en el futuro de Africa, la legítima huella aportada por España, quede sólidamente incrustada en el conjunto, de suerte que, con muchas o pocas Conferencias interafricanas, no se ponga en juego la valiosa realidad de la presencia hispánica, que por lo que a Portugal hace, además de grandiosa, está profundamente arraigada. Así sea.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES



II  
*NOTAS*

